

de una corrección más acorde con la proyección pública experimentada, la fe de bautismo sufrió la siguiente modificación: "hijo de Gabriel Campo Arpa, del Comercio" (p. 138).

Rico en perspectivas, datos y líneas de investigación posibles en historia urbana, los autores observan la índole social de la propiedad urbana y es justamente la propiedad burguesa la que inspira la organización de los espacios de la ciudad y la tipología de la vivienda. Manejan el concepto de sociabilidad para indagar en la dicotomía de las nociones público/privado, que la burguesía valenciana dividía para desenvolverse en las esferas de su actividad. Esto quiere decir que abordan las íntimas relaciones de confluencia dentro del círculo familiar con las que se desarrollan en el ámbito público, y la manera en que se enfrentan y conjugan ambas.

Para llevar a cabo lo anterior se abocan a una reconstrucción minuciosa de los comportamientos diferenciados entre hombres y mujeres, tanto en la intimidad como los que hacia el exterior les darán la imagen que caracterizará a la cultura burguesa, no sólo valenciana sino europea en estos momentos.

Los autores concluyen que quienes acumularon los más grandes patrimonios, se vincularon muy frecuentemente con las compañías comerciales más activas y ejercieron una dominación social basada en un componente fuertemente elitista. La acumulación inmobiliaria fue un elemento de reproducción del capital y de afirmación del prestigio alcanzado. Pero el logro de este prestigio se apoyó en formas de

relación social basadas en un clientelismo dócil y en la mediación de intereses que asumieron algunos individuos.

Para terminar, hay que hacer notar que este trabajo deja abiertas muchas preguntas que, conforme se vayan planteando y examinando a partir de nuevas líneas de investigación, la historia urbana se verá beneficiada. Cuando se conjuguen lo social y lo económico con las modificaciones espaciales y el uso de los espacios, será posible profundizar en los análisis que permitan comprender a las ciudades no sólo en cuanto objetos inamovibles, sino que se añadan otras posibles dimensiones que lleven a una visión de conjunto donde la ciudad se convierta en un elemento activo y de transformación no sólo físico sino también social y económico, es decir dinámico.

Ana Lau J.
INSTITUTO MORA

José Alfredo Uribe Salas y Eduardo Miranda Arrieta, *Las utopías del Balsas. Historias de una propuesta regional de comunicación interoceánica*, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, 1995 (Estudios de Historia Mexicana, 4).

El estado de Guerrero ha sido una y otra vez víctima de una historiografía asimilada a la oratoria y al civismo, a la historia vista como el despliegue en el tiempo de los valores patrios, o como santoral republicano, y no como un objeto de reflexión. Ésta ha sido la

tendencia dominante. Por otro lado, sus archivos son pocos y de difícil acceso, y la mayoría de las fuentes documentales disponibles se encuentran fuera de la entidad, que carece además de bibliotecas públicas especializadas.

No obstante estos escollos, los estudios históricos sobre el estado de Guerrero están adquiriendo mayor solidez. Alejándose intermitentemente de los paradigmas de la historiografía tradicional (la fecha, el héroe y el acto conmemorativo), se están abordando nuevos temas y replanteándose otros. Sin embargo, los esfuerzos son aislados y los obstáculos aludidos no se han podido quitar aún del camino.

Habría que trascender el análisis basado en la división política del territorio y hacer estudios desde el ángulo regional. También podría reconocerse la existencia de temporalidades históricas distintas de las impuestas por el acontecer político. Las periodizaciones deberían variar y ajustarse a la naturaleza del tema o problema en cuestión, ya que la temporalidad de los eventos locales o regionales (incluso los políticos y ya no digamos los económicos, sociales o culturales) no siempre está en sintonía con el proceso histórico nacional. Admitir la existencia de un tiempo regional relativamente autónomo, y sus disonancias e interferencias con un tiempo histórico nacional, ayudaría a distanciarse de los lugares comunes y, en consecuencia, permitiría plantear o reformular temas y problemas.

Las utopías del Balsas, libro compilado por José Alfredo Uribe Salas y Eduardo Miranda Arrieta, que incluye dos monografías de su autoría, repre-

senta un esfuerzo reciente por avanzar en el conocimiento de la historia suriana. Su objeto de estudio tiene una naturaleza compleja: cambia de nombre conforme corre y adopta el del lugar por donde pasa (Zahuapan, Atoyac, Mezcala, Balsas, Zacatula); es un medio físico y no un conglomerado humano; es un flujo más que un espacio acotado; cruza varios estados (Tlaxcala, Puebla, Oaxaca, Guerrero y Michoacán) y es frontera natural de dos de ellos (Michoacán y Guerrero); atraviesa diversas regiones con actividades económicas y niveles de desarrollo desiguales; es percibido por las elites políticas y económicas como un medio para alcanzar ciertos fines (abasto, comercio, expansión económica o algo tan etéreo como el “progreso”), y acaba convirtiéndose en un fin en sí mismo (extracción de plata, oro, cobre y plomo; explotación de maderas preciosas de los territorios que surca; caza del lagarto que habitaba en el propio río).

Los dos ensayos, así como los textos reunidos en el volumen, tienen la virtud de narrar con detalle las expediciones y proyectos sobre el río Balsas a lo largo de 150 años, desde finales del siglo XVIII hasta poco después de la revolución, y de ofrecer una imagen muy viva de las expectativas y de los intereses en juego. Se aprecian claramente las distintas perspectivas de los gobiernos estatales y la pluralidad de los puntos de vista de topógrafos, ingenieros y geógrafos. Saber y poder se retroalimentan en esta suma de enfoques armada con fuentes de archivo, memorias, periódicos locales, bitácoras de viaje e informes técnicos.

Ante el desabasto de maíz que sufrió Valladolid en 1785, los párrocos de Tecpan y Urecho concibieron el primer proyecto de navegación a través del río Balsas, para llevar a la villa parte de las cosechas levantadas en Tecpan. Más ambicioso, el gobernador de Puebla vio en su cauce, allá por 1848, la posibilidad de alcanzar la comunicación interoceánica. La idea era sencilla: se trataba de entroncar al ferrocarril México-Veracruz con la vía fluvial Atoyac-Balsas. Puebla sería entonces no sólo una ciudad industrial, sino también centro de acopio de mercancías ultramarinas. En las dos décadas posteriores, estadounidenses y franceses obtuvieron concesiones para explotar los depósitos de hierro de Michoacán y Guerrero, y transportar en vapores el mineral. Justo Mendoza, por su parte, intentó crear un puerto de cabotaje en algún punto cercano a la desembocadura del río.

Los proyectos económicos fueron acompañados de estudios de campo. Avanzadas de técnicos y científicos hicieron un reconocimiento detallado del río y, en un principio, aseguraron que era factible navegarlo, siempre y cuando se nivelaran algunos tramos y se canalizaran otros. En 1868 Adam Dydynski, ciudadano polaco residente en Puebla, comandó una expedición del embarcadero de Zirándaro hasta su salida al Pacífico. Después hizo lo propio su connacional Juan Bochotnecky. El ingeniero Robert B. Gorsuch, enviado en 1870 por el gobierno federal, concluyó que era imposible utilizarlo para el tráfico fluvial.

Mientras los gobiernos de Puebla, del Estado de México y de Michoacán

renunciaron a la pretensión de navegar el río, el de Guerrero, encabezado por el sempiterno Francisco O. Arce, volvió a ella con nuevos bríos. En 1886 partió de Coyuca de Catalán una expedición al mando del explorador francés Augusto Tardy, quien, después de un azaroso viaje, llegó al pueblo de Mezcala. El éxito de Tardy recreó la expectativa de dominar el río. Sin embargo, al paso del tiempo, el ejecutivo guerrerense vislumbró más viable la construcción del ferrocarril. En la última década del siglo XIX se tendió la línea que unió a la ciudad de México con la orilla del Balsas, pasando por Cuernavaca e Iguala.

Estos hechos tienen que ver directamente con un tema que me interesa en particular: la historia de las comunicaciones en el estado de Guerrero. Ya, en otro trabajo, Eduardo Miranda la abordó para el siglo XIX, por lo que me limitaré a agregar unas breves consideraciones. Si para el país en general el desarrollo de las vías de comunicación fue tardío —razón que por lo demás influyó en su subdesarrollo económico—, en Guerrero este retraso fue trágico y contribuyó a convertirlo en una de las entidades políticas más pobres y marginadas de la república.

↘ A principios del siglo XX, el viaje de la capital del estado a Tixtla se hacía en mula, y fue hasta 1929 cuando se construyó la carretera que comunicó a Chilpancingo con el puerto de Acapulco. El monopolio del transporte en lugares con pocas vías de comunicación otorga un descomunal poder a quienes lo ejercen. Un cacicazgo anclado en el monopolio del transporte terrestre floreció en la entidad suriana.

Entre sus logros contó el evitar que las vías férreas se expandieran en el estado. Las dificultades de la navegación a través del Balsas, muy bien documentadas en el libro que comentamos, y la expansión limitada del ferrocarril, tuvieron consecuencias durables en territorio guerrerense. A manera de testimonio de las oportunidades perdidas, el sonido del tren del Balsas se escucha todavía en la ciudad de México y, de vez en cuando, intrépidos navegantes montados en modernas embarcaciones recorren el río, aún famoso por sus rápidos.

Carlos Illades
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
METROPOLITANA-I

David A. Brading, *Una Iglesia asediada: el obispado de Michoacán, 1749-1810*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, 304 pp.

El tema de la Iglesia novohispana ha vuelto a ser una de las materias que atraen la atención de los historiadores del periodo colonial, según puede descubrirse en los trabajos llevados a cabo últimamente por Antonio Rubial García, Francisco Morales y Manuel Ramos, entre otros. David Brading, uno de los mejores conocedores del Bajío mexicano durante la época borbónica, publicó su más reciente trabajo, en el que aborda las cuestiones eclesiásticas del obispado de Michoacán. Su búsqueda trata de abarcar los aspectos más importantes de la religión colonial, desde la organiza-

ción, la administración y las cuestiones económicas de ingresos y gastos, hasta la religiosidad popular. Según el propio autor ésta era una investigación que le faltaba realizar, teniendo en cuenta que ya ha hecho estudios económicos respecto a la minería y a la zona agrícola en el Bajío y a la administración real en una ciudad minera.

El trabajo se divide en tres apartados, cada uno de los cuales con un interés particular: el primero está dedicado a las órdenes religiosas iniciadoras de la evangelización de los indígenas, que habían mantenido sus conventos en los pueblos indígenas realizando sus miembros labores de párrocos, por lo que hasta antes del periodo de las reformas borbónicas seguían siendo el pilar fundamental de la Iglesia en toda Nueva España. El segundo apartado se concentra en los clérigos de la diócesis, la organización de los creyentes en comunidad dentro de las cofradías, los beneficios para las parroquias a causa de estas organizaciones y la visión que se tenía sobre los actos de devoción popular. La tercera parte describe las relaciones producidas dentro del alto clero, entre los obispos y los sacerdotes adscritos al servicio catedralicio y los ingresos que se obtenían por los diezmos.

Brading comienza con un estudio sobre las relaciones entre las que él llama las órdenes religiosas, entre ellas las de los jesuitas y las de los oratorianos de San Felipe Neri, y la sociedad novohispana. Considera principalmente los conflictos de las órdenes al entrar en una época de modernización patrocinada por la corona española. Los reyes borbónicos veían a esas congre-